

14 El viejo Juárez bajó la ventanilla y apuntó con su linterna hacia la oscuridad de la noche. Sacudió el cabeza, preocupado, y dijo:

–Si no para de llover en breve, el puente se va a caer, Ringo.

Una antigua edificación de cemento brillaba bajo la cortina de agua. Se trataba de la única conexión de aquella isla con el continente. El antiguo arco era el tramo más viejo de todos.

El joven escuchó las palabras del viejo albañil con atención. Siempre lo hacía. Y cada vez aprendía algo nuevo. Por eso le gustaba ayudarlo cuando algún trabajo lo requería.

Las fuertes gotas golpeaban como piedras en el techo de la camioneta Ford.

–¿Vos viste llover así alguna vez, Juárez? –preguntó Ringo. Aunque sabía perfectamente la respuesta.

–Nunca, arrancó con todo hoy bien temprano, y no afloja. Ya no aguantan más los pilares. El mar tiene una fuerza descomunal. Si llega a ceder el arco, se

viene todo abajo... Esta carretera es demasiado vieja para ser la única que tenemos...

–Nos vamos a quedar aislados –dijo Ringo–. Estamos sin luz desde la mañana, y vaya a saber cuándo volverá. ¿Esto no tendría que estar vigilado por la policía o los bomberos, o algo así? Ni un solo avión vi pasar.

El viejo Juárez asintió. Subió la ventanilla y agregó:

–Intenté comunicarme con un primo en el continente y la señal se cayó. No hay conexión ninguna, todo se cortó. No veo un bombero hace horas. Y vi al comisario pasar en su auto hoy al mediodía por este mismo puente. Así que... no pinta bien la cosa.

Ringo se quedó en silencio. Solo se escuchaba la escobilla del limpiaparabrisas resbalar por el vidrio. Había algo que le llamaba la atención en las palabras del viejo Juárez. Nunca lo había visto tan preocupado.

–Voy a poner un poco de música –dijo Ringo.

–Este lugar, lo último que necesita es una tormenta como esta... –se quejó el viejo.

–¿Pongo un poco de música o no? –insistió Ringo.

Juárez asintió.

–Dale y dale, vos siempre con la música –dijo.

Sonó una hermosa melodía de piano que iba muy bien con la tormenta.

–Ahora hay más viento –señaló Juárez.

–Me encanta el piano, pero lo mío es la batería, ¿sabe? –intentó distraerlo Ringo.

Pero el viejo no dejaba de mirar las altas palmeras que se doblaban en la entrada del puente.

–... me falta ensayo, pero mi abuela se queja cuando toco... –continuó el joven.

–Mirá, alguien viene desde el otro lado, más allá del arco de entrada –interrumpió Juárez.

Ringo enderezó su espalda en el asiento y miró por la ventanilla del viejo. Era verdad, una persona, muy alta, caminaba despacio sobre la ruta, estaba a punto de pasar debajo del arco que era la bienvenida oficial a La Isla. Y lo hacía lentamente, tambaleándose un poco. Vestía una campera de cuero y llevaba una gorra de lana.

–No le puedo ver la cara, ¿vos ves quién es? –preguntó el viejo.

–No veo nada, parece borracho.

El viejo se colocó la capucha de su *pilot*, tomó su linterna y abrió la puerta.

Ringo le iba a preguntar si lo podía acompañar, pero el viejo se le adelantó.

–Quedate acá, voy a ver qué pasa. Ese hombre parece necesitar ayuda. Te pido que no salgas, eh.

–Está bien –dijo Ringo.

El viejo cerró la puerta y caminó bajo la lluvia. El viento era tan intenso que tenía que sostener su capucha con ambas manos para que no se le saliera. Tardó unos segundos en quedar frente al puente y enseguida notó que aquel hombre alto caminaba erráticamente

en la calzada. Juárez miró hacia atrás solo por precaución. Era cerca de las nueve de la noche y la gente no salía de sus casas desde la tarde. Todos los avisos meteorológicos sugerían quedarse bajo techo.

No habían visto pasar un solo automóvil por ahí.

Juárez subió a la vereda y una baldosa rota lo hizo trastabillar. Cayó de rodillas. El viejo sintió el golpe de la linterna.

–Pero qué pedazo de bobo –rezongó.

La única luz que lo había guiado hasta ahí era la de su propia camioneta. Ahora se lamentaba por no haber tenido encendida la linterna todo el tiempo, lo que le hubiese permitido ver el suelo roto.

Pero no solo se trataba de ese defecto, las grietas abundaban en toda la superficie, tanto de la vereda como en la calzada, como estrías sobre el cemento. Ya a punto de quebrarse para siempre.

–¡Carajo! –protestó. Luego, aún de rodillas, intentó encender la linterna.

No hubo caso.

En la camioneta, Ringo observaba cómo el viejo desaparecía detrás de la baranda al caerse. El joven pensó en salir. Pero siempre cumplía lo que prometía. Sobre todo si se lo pedía Juárez.

–Se rompió esta porquería –dijo el viejo, e intentó ponerse de pie. Ahí entendió que se había llevado un buen golpe en la rodilla derecha. El dolor se le hacía insoportable.

Miró hacia la calle. El hombre de la campera de cuero ahora caminaba más rápido, pero arrastraba los pies en forma extraña, como si no los controlara por completo.

–¡Oiga, señor! ¿Está bien? –gritó Juárez desde el suelo.

No hubo respuesta.

El caminante siguió avanzando sin decir nada.

18

Juárez se tomó de la baranda del puente y logró apoyar el peso de su cuerpo sobre la pierna sana. Tomó la linterna y le dio un golpe en la base, donde estaban las pilas. Entonces el haz de luz iluminó frente a él.

La primera sorpresa fue ver una gran cantidad de cajas de madera a ambos lados del puente. Cada una de ellas tenía una especie de panel en la parte superior.

–¿Y eso? –se dijo. Había cables serpenteantes que salían del interior de las cajas. Aquello parecía un par de explosivos gigantes.

Luego dirigió la luz directamente hacia el hombre.

La segunda sorpresa fue menos inofensiva.

El caminante, con los ojos inyectados en sangre y la boca abierta como una bestia, se abalanzó sobre él.

No le dio tiempo a nada.

El hombre le mordió el brazo entre gruñidos y murmullos. Juárez intentó zafar, pero la fuerza del sujeto era superior. Como un gran perro rabioso.

El viejo quiso gritar, pero fue mordido en el cuello. La linterna cayó al suelo otra vez. Un chispazo y luego el vidrio roto se esparció a los pies de ambos sujetos.

Un grito se ahogó bajo la lluvia. La sangre se mezcló con el agua limpia. Y se hizo todo oscuridad.